



*Asesorías y Tutorías para la Investigación Científica en la Educación Puig-Salabarría S.C.
José María Pino Suárez 400-2 esq a Lerdo de Tejada, Toluca, Estado de México. 7223898475*

RFC: ATI120618V12

Revista Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores.

<http://www.dilemascontemporaneoseducacionpoliticayvalores.com/>

Año: VII

Número: Edición Especial

Artículo no.:3

Período: Julio, 2020

TÍTULO: El amor como causa formal, material y eficiente de la educación.

AUTORES:

1. Máster. Socorro Márquez-Regalado.
2. Dr. Rodrigo Ramírez-Tarango.
3. Máster. Sandra Angélica Pérez-Alarcón.
4. Máster. Guillermo Ávila-Olivas.
5. Máster. Cesar René Nevárez Arguijo.

RESUMEN: Se compara la tesis de Agustín Basave Fernández del Valle con las de otros filósofos para determinar la influencia del amor en la educación. Los resultados indican que: el ethos del ser humano tiene su origen en la potente influencia del amor, por lo que la enseñanza adecuada del amor es una necesidad en la educación formal e informal y que las causas de la educación son: a) formal, en tanto que la educación es substancialmente un acto de amor; b) final, pues entre los valores a enseñar están la sabiduría, la belleza, la verdad, la bondad y el amor, y c) eficiente, porque el educando acepta serlo en tanto descubre en su educador la benevolente intención de mejorarle.

PALABRAS CLAVES: Agustín Basave Fernández del Valle, educación, amor, causas, valores.

TITLE: Love as a formal, material, and efficient cause of education.

AUTHORS:

1. Máster. Socorro Márquez-Regalado.
2. Dr. Rodrigo Ramírez-Tarango.
3. Máster. Sandra Angélica Pérez-Alarcón.
4. Máster. Guillermo Ávila-Olivas.
5. Máster. Cesar René Nevárez Arguijo.

ABSTRACT: The thesis of Agustín Basave Fernández del Valle is compared with those of other philosophers to determine the influence of love on education. The results indicate that: the ethos of the human being has its origin in the powerful influence of love, for which the adequate teaching of love is a necessity in formal and informal education and that the causes of education are: a) formal, whereas education is substantially an act of love; b) final, because among the values to be taught are wisdom, beauty, truth, goodness and love, and c) efficient, because the student agrees to be as long as he discovers in his educator the benevolent intention to improve him.

KEY WORDS: Agustín Basave Fernández del Valle, education, love, causes, values.

INTRODUCCIÓN.

Una vertiente del debate de las corrientes filosóficas en torno a la esencia de la educación se puede resumir en la siguiente disyuntiva: ¿destrezas o valores? Por su puesto, que un pensador perspicaz habrá de argumentar que no existe una verdadera disyuntiva pues hay una tercera opción: ambos; sin embargo, esta opción es negada por los postulantes de la corriente valoral, en tanto que la única educación que válidamente puede llamarse así es la que edifica el ser profundo del educando en torno a los valores (García, 2006), por lo que cualquier opción que abone al mecanicismo de las habilidades es calificada de empirista, una corriente, que además, es predominante (Caponeto, 1981).

Ahora bien, suponiendo la validez de la hipótesis en el sentido de que sólo exista una sola educación, ¿qué nombre habrá de ofrecerse a la enseñanza de habilidades? No lo aclaran los que niegan su validez.

Por otro lado, si se postula la tesis de la educación en ambos sentidos, ¿en qué proporción, con que prioridades o con que enfoque deberían atenderse por los programas educativos formales las habilidades y los valores?

El riesgo que se puede correr, o más bien dicho, que se está corriendo, es que el relativismo moral a ultranza en la educación derive en un reduccionismo que no le abonen al desarrollo social e individual. Como la plantea Laudo (2011), la pedagogía postmoderna relativista postula “lo imposible del conocimiento objetivo absoluto en cualquier orden, ya sea de verdad, belleza o bondad”. Si no se puede conocer o más específicamente, si dicho conocimiento no puede ser universal, como puede avanzar el conocimiento, ¿qué es aquello que se puede enseñar en las escuelas si se parte de la imposibilidad de demostrar cualquier principio como verdadero?

Pensar en la exclusiva de una educación tecnológica nos puede proveer de buenos materiales, pero nos puede llevar al vacío existencial condenados siempre a no saber el sentido del progreso económico e instrumental del hombre, a proponer una carrera del ser humano en torno al tener y no en torno al deber ser en tanto actos buenos: “Sobre la desbordada ambición de adquirir ilimitadamente bienes, priva la sabiduría y la bondad como ley de los seres humanos. Sin la virtud y sin la inteligencia no cabe reconstruir la educación” (Basave, 1996). Por eso, Unamuno pensaba que el tecnicismo era como el positivismo, “la plaga intelectual de la segunda mitad del pasado siglo XIX... la técnica podrá producir Estados fuertes, pero no crea pueblos libres y conscientes de su libertad” (Sánchez-Gey, 2011).

Por las reflexiones descritas, la importancia y pertinencia de la pregunta se fortalece: ¿son las escuelas espacios donde se deben limitar a enseñar habilidades o “destrezas” y donde se prepondere la enseñanza mecánica sobre la ética? ¿es dable el rechazo sistemático a la enseñanza de las llamadas virtudes éticas, entre ellas el amor, como herramienta, motivación, y contenido de la educación?

Las respuestas a estas preguntas están más allá del objeto del presente estudio pues él se limita a determinar argumentativamente porqué el amor es causa de la educación y qué tipo de causa es de acuerdo con la teoría aristotélica, y basándonos en la opinión acrisolada de varios filósofos, por lo que no abunda en torno a responder las preguntas planteadas, quedando estas para un estudio y reflexión futuros.

El hecho de que se planteen una serie de preguntas que no habrán de ser respondidas por el estudio no las descalifica, al contrario, son la fuente principal del problema que justifica el estudio, pues se infiere que son ellas, precisamente, las que motivan a los filósofos valorales a hacer su planteamiento en el sentido de que es indispensable pensar en la exclusividad de una educación en valores.

DESARROLLO.

“Educar, en la más noble acepción, significa transmitir lo mejor de uno mismo y hacer verdad en la propia existencia lo que se quiere enseñar a otros” (Agustín Basave Fernández del Valle, Tratado de Filosofía, 1996, p. 223).

Sobre Agustín Basave Fernández del Valle.

El español Teófilo Urdanoz coautor de Historia de la Filosofía cataloga a Agustín Basave como un filósofo tomista de inspiración cristiana “... nacido en 1923, Doctorado de la Universidad de Madrid, profesor y rector... de la Universidad de Monterrey... Ha recorrido numerosos países dando conferencias y asistiendo a congresos filosóficos” (Urdanoz, 1985, p. 507), también lo distingue como un “brillante pensador cristiano y uno de los más destacados filósofos de México” (Urdanoz, s.f.).

Basave murió en el año 2006, pero durante su vida publicó 22 libros: 10 de carácter filosófico, 6 biografías, 3 textos y 2 estudios diversos (Aguayo, s.f.), ninguno de ellos especializado en filosofía de la educación; sin embargo, en su “Tratado de Filosofía” incluye un capítulo especial dedicado a esta área de estudio. No podemos obviar; sin embargo, que en sus diversas obras existen referencias y planteamientos muy específicos que abonan al desarrollo pedagógico.

La teoría aristotélica de las causas últimas o supremas.

Como se dijo, el objeto principal de este artículo es hacer una aplicación del valor del amor a los conceptos educativos, partiendo de lo expresado en la materia por Basave y conjugándolo con los principios de otros filósofos para aplicar los resultados de esta investigación a la teoría de las causas supremas o últimas propuesta originalmente por Aristóteles y perfeccionada por Santo Tomás, misma que se ha convertido en la base de la filosofía realista. Ello implica conocer la teoría de las causas últimas.

El mismo Aristóteles, al crear esta teoría, se refiere a las cuatro causas del ser, un diseño para conocer toda posible realidad desde sus más importantes enfoques, con esa creación según Fraire, Aristóteles “cree superar a sus predecesores, que se fijaban en unas o en otras, pero no en su conjunto”. Dicha teoría fue planteada en el libro Física de la siguiente manera: “material, formal, eficiente y final. Hay dos causas intrínsecas, que son: a) la material, y b) la formal. La materia es el principio potencial, indeterminado, que no es por sí mismo ninguna cosa, pero puede llegar a serlas todas, conforme a la determinación actual que le confiere la forma. Otras dos son extrínsecas, que son: a) la eficiente o motriz, y b) la final metafísica de Aristóteles” (Fraire, 1997, p. 473).

Un perfeccionador de distintos planteamientos de Aristóteles es Santo Tomás de Aquino quien dice “Todo lo que llega a ser, es por una causa” (Fraire, 1997, p. 472). De hecho, Basave al describir esta teoría de las causas últimas que “La teoría de las causas aquieta, hasta donde es posible, el deseo

humano de conocer científicamente la realidad. La causa material es aquello de lo que está hecha la cosa, esto es, la materia prima... La causa formal de un ente es su esencia en concreto, su quidditas, su principio intrínseco de la determinación inteligible de la substancia. La causa eficiente es la fuente bajo cuyo influjo emana el nuevo ser enteramente distinto a ella. Pero la causa eficiente se pone en acción porque persigue un fin: causa final que le determina a desplazarse” (Basave, 1996, p. 75).

Adoptando los postulados de Aristóteles, Tomás, y Basave, al describir la teoría de las causas, debemos investigar luego si el amor se convierte en un elemento de lo que está hecha la educación (causa material), si es parte de la esencia de la educación (causa formal), si es un influjo del cual emana la educación (causa eficiente), o, si es aquello a lo cual tiende la educación (causa final), pero hay algo más en relación con la teoría de las causas, algunos autores han hablado recientemente de una quinta causa, la instrumental, Basave se refiere así a ella: “La causalidad instrumental no es mera ocasión sino una verdadera causa, aunque totalmente subordinada a la acción de la causa eficiente principal. La causa instrumental coadyuva, facilita, modifica o completa la causación principal: la pluma en manos del escritor, el papel en manos del artista” (Basave, 1996).

Habremos entonces de identificar si el amor es una herramienta del educador o si facilita o coadyuva con él, si es así, se cumple el perfil básico de la causa instrumental.

El significado del amor en términos filosóficos.

Procedamos, entonces, a analizar los conceptos principales. Antes de hablar sobre el influjo del amor en la educación, conviene comprender de manera general, lo que es el amor en términos filosóficos y qué papel juega este en la vida del ser humano. Juan Miguel Palacios (2008), el prologuista de *Ordo Amoris*, obra fundamental de Max Scheler, se refiere al amor como “el núcleo fundamental del ethos de un sujeto” (p. 12), mientras que en el mismo texto Max Scheler hace una consideración similar, pues para él el amor es “lo que nos despierta para conocer y querer; más aún, es la madre del espíritu

y de la razón misma” (p.45). Alberto Sánchez (2011), por su parte, describe al valor del amor como “una herramienta verdaderamente filosófica... sin amor no cabe una entera comprensión de la persona humana” (p. 94).

Estas reflexiones dan luz sobre el papel tan destacado del valor del amor en las vidas de los seres humanos, su importancia social y por supuesto educativa. Si el amor fundamenta el ethos de las personas, nos invita a conocer y querer, es filosófico por antonomasia, nos permite comprender a las personas y la motivación de su comportamiento, ¿cómo no habría de ser una especial preocupación de los padres de familia, de los maestros, de las escuelas y universidades y por supuesto del Estado mismo, la enseñanza del amor para aprender a aplicarlo en nuestra vida diaria?

El papel de los valores en general y del amor en particular, en la educación.

Expresado el antecedente sobre el importante valor del amor en la vida de los seres humanos, analicemos ahora el papel de los valores y del amor en la educación. Empezaremos por afirmar que para Agustín Basave la educación en valores es un presupuesto básico de la filosofía de la educación. Para nuestro filósofo mexicano (1996), “el desarrollo anímico del educando sólo puede ser influido por valores y no por técnicas”. Ese tipo de influjo “está más allá que una simple transmisión del saber, educar en valores implica trabajar en la formación de fuerzas... dirigida a la totalidad del espíritu encarnado y a su posición frente a la totalidad del universo” (p. 218).

No le falta razón, educar implica formar una cosmovisión, pero más que un aspecto de contenido, de materia, de conocimiento o de información, educar es “formación de fuerzas”; esto significa desarrollar aptitudes, construir interiormente, edificar sólidamente en valores, aportarle al ser íntimo del humano, mejorar no sólo la percepción de la realidad externa sino fortalecer una realidad interna personal.

En torno a esta visión, Antonio Caponeto (1981) coincide, sin citar al mexicano, en que actualmente algunas perspectivas reduccionistas en la educación pretenden acotar su función: “dentro de esta predominante perspectiva empirista, es lógico que el aprendizaje sea concebido primordialmente como adiestramiento y adquisición de destrezas, comparado con fenómenos mecánicos y zoológicos” (p.72).

La afirmación de Caponeto provoca el análisis crítico ¿son las escuelas donde se limitan a enseñar habilidades o “destrezas” lugares donde prepondera la enseñanza mecánica? ¿no son las habilidades fundamentales para el éxito? ¿no es importante aprender a hablar otros idiomas, manipular maquinas o diseñar imágenes lo que les puede dar a los futuros profesionistas trabajo y recursos para la subsistencia? O cuestionado de otra manera, ¿se puede hablar de la enseñanza que promueva una habilidad para actuar con valores? ¿es la enseñanza de las llamadas virtudes una habilidad digna de ser enseñada, a la par de las llamadas actualmente “habilidades para la vida?”

La descripción que hace la filósofa mexicana Luz García Alonso parece referir una respuesta muy concreta a las preguntas anteriores. García aporta a este análisis (2006) coincidiendo, sin saberlo, con Basave, y con Caponeto, en el sentido de que la verdadera educación es la educación en valores: “Algunos educadores han concebido a la educación en valores como una subespecie de la educación. Por el contrario, es necesario sostener que la única posibilidad de la educación es la educación en valores” (p. 122): “Ya que educar es desarrollar a la persona, o bien actualizar sus potencialidades, o bien proveer al hombre de hábitos... es modelar la conducta del hombre en la probidad, la honestidad, la bonhomía, es decir, procurar al educando no solo las virtudes intelectuales sino, también y ante todo, las virtudes morales. Ya que eso es educar, entonces educar es procurar que el educando adquiera las virtudes intelectuales y las virtudes morales. Educar es hacer del hombre ser virtuoso: señor de sí mismo -mediante la fortaleza y la templanza- solidario -mediante la justicia-, competente

para promover el bienestar -mediante el arte, la ciencia y la sabiduría- e integrado y jerárquico -mediante la prudencia y la sabiduría” (García, 2006, p. 122).

Nótese, que la idea de García involucra influyentes verbos que deben fijar rumbo en los programas educativos: desarrollar, modelar, proveer, actualizar, procurar. Estos verbos que García relaciona con la conducta de los alumnos deberán estar motivados por valores y principios éticos para un mejor vivir. La apreciación es correcta, nuestra sociedad no será mejor si no se influye poderosamente en las personas.

Una argumentación adicional a la tesis de García Alonso la plantea Basave, quién y ofrece una manera de adoptar rumbo en cuanto al desarrollo tecnológico de nuestro tiempo: “Una educación puramente tecnológica puede proveernos de buenos materiales, pero nunca nos podrá decir cuál es el sentido de la tecnología, quiénes y cuántos deben poseer los bienes materiales. Sobre la desbordada ambición de adquirir ilimitadamente bienes, priva la sabiduría y la bondad como ley de los seres humanos. Sin la virtud y sin la inteligencia no cabe reconstruir la educación” (Basave, 1996, p. 221 y 222).

Tiene razón Basave, los bienes materiales y la educación científico-tecnológica son herramientas inocuas que carecen de finalidad o sentido, deben estar direccionados al bien. Sin una educación moral con principios éticos basados en la recta razón, la información y los conocimientos adquiridos, por sí mismos, no ofrecerán nunca una perspectiva de desarrollo personal y social deseable, continuarán afectando a la sociedad sus grandes disfunciones.

Una vez que hemos conocido la postura de Basave y de otros filósofos en relación con la educación en valores, abundemos concretamente en lo que es la educación del amor. Una interpretación de la educación en el amor y para el amor implica para Basave (1996) medio y fin. Como medio está el amor recíproco entre maestro y alumno cuando dice que los primeros “se ganen el afecto de los educandos” (p. 225).

He allí la importancia del amor como causa instrumental de la educación. Por otro lado, el amor también es un fin en sí mismo cuando el maestro induce al alumno a “amar lo verdaderamente valioso” (p. 225); es decir, mediante un proceso de conocimiento y amor entre alumno y maestro se logra que el maestro concluya satisfactoriamente su finalidad principal que es dirigir su voluntad hacia cosas que nos edifican, lo valioso, lo que es jerárquicamente importante, entre ellos, el mismo amor. Esto nos lleva a concluir que de alguna manera se expresa aquí la causa final de la educación que es amar lo verdaderamente valioso.

Esta necesidad de amor como medio (causa instrumental) para educar es confirmada por Palet Mercedes (citada por Manuel Ocampo Ponce) cuando se refiere a la necesidad de transmitir la verdad y lograr que el educando adquiera virtudes morales: “Y como de lo que se trata es de la verdad y del bien, la naturaleza social humana exige como principio básico para la adquisición de virtudes, el amor y la amistad que crean el contexto indispensable y adecuado para la comunicación y manifestación de la virtud y de la vida feliz. El amor y la amistad son el principio activo para la educación que sólo es posible en un ambiente en el que se facilite la misión comunicativa del Bien y de la Verdad para el perfeccionamiento de la persona. El amor de amistad es, pues, el principio activo de la educación para la virtud y es que si reflexionamos un poco nos daremos cuenta de que no es posible ser feliz excluyendo la felicidad de otras apersonas” (Ocampo, 2005, p. 9).

Otro filósofo mexicano que coincide con Basave en la necesidad del amor como medio (causa instrumental) para educar es Manuel Ocampo Ponce cuando afirma que “Para educar en la virtud, es necesario, pues, salir del utilitarismo y buscar la amistad en el orden de la persona fundada en el amor de benevolencia, imposible lograr las virtudes sin un ambiente de amor y amistad propicio para su desarrollo” (Ocampo, 2005, p. 11).

Si bien, como coinciden Mercedes, Ocampo y Basave, el amor es un medio, también es un fin. Enseñar a amar es el objetivo principal de los educadores, pero ¿qué es lo que se debe amar? No es cualquier cosa, sino sólo lo verdaderamente valioso. Pero en una época de intenso debate entre relativistas y objetivistas en el ámbito ético ¿existe lo verdaderamente valioso? Y si existe ¿qué es ello? Basave afirma categóricamente que efectivamente el amor sí existe y que lo verdaderamente valioso es la bondad. Pero ¿Qué es la bondad? La bondad es el fin por excelencia de la vida humana “Habría que decir, no obstante, que la sabiduría y la belleza no bastan como metas de la vida humana, se requiere -y acaso más- la bondad” (p. 221).

Como corolario de esta parte podemos intentar interpretar sistemáticamente el pensamiento basaviano. En este intento habremos de decir entonces que el maestro debe ganarse el amor de los estudiantes para que aprendan a amar el bien y lo bueno. Están expresadas aquí con claridad, una vez más, las causas instrumental y final de la educación.

Hasta este momento del análisis, Basave no ha dicho cómo es que en el proceso educativo se puede mover la voluntad de los seres humanos hacia lo verdaderamente valioso. He aquí lo que interpretamos como un complemento de San Agustín a lo dicho por Basave sobre la manera de influir en la voluntad de los seres humanos. El santo afirma que el amor mueve la voluntad (causa instrumental) la cual propicia la búsqueda del conocimiento sobre el objeto amado y así puede llegar a la verdad: “...todo el reino del espíritu se halla movido por el dinamismo de la voluntad, por el amor... Mediante el amor se hace el objeto amado dato del conocimiento, posesión íntima del alma... De aquí la importancia de la voluntad en el proceso general del conocimiento, pues al amor se atribuye una gran fuerza unitiva y penetrante con respecto a la verdad... Por el amor se consigue la revelación íntima del ser, el ingreso en los más secretos dominios de lo real” (Capanaga, 1947, p. 42).

La afirmación de Agustín en el sentido de que mediante el amor se consigue la revelación íntima del ser me parece de gran contenido, si amamos algo queremos conocerlo, luego el amor se convierte en una herramienta base que da dinamismo a la voluntad (causa instrumental), que motiva la búsqueda de la verdad. No sólo es una causa gnoseológica por naturaleza sino una causa profundamente ética. El ejercicio de definir al amor adquiere en San Agustín (paráfrasis en Capanaga, 1947, p. 41 y 42), una amplia dimensión en el hombre, al grado de calificarlo como “lo más valioso que hay en la persona, porque es la entrega del ser completo a lo que se ama, aprehendido como sujeto de valor... El hombre no es el puro ser noético de Aristóteles, sino, ante todo, un sujeto movido por resortes de amor”.

Educar es inducir al alumno a optar libremente por los valores, afirma Basave. Para el filósofo mexicano la educación se centra en la personalidad moral, en la voluntad capaz de adoptar resoluciones libres y regidas por pautas éticas (1996) “Se empieza por interesar al educando en la comprensión de los diversos valores y se concluye -tras ejercicios de habituación- por inducirle a tomar una actitud firme y libre al servicio de los supremos valores” (p. 222).

He aquí un razonamiento más que prueba que los supremos valores, entre ellos el amor, es la causa final de la educación. Contrastemos la idea con lo establecido por el mismo Basave (1996) “La causa final, - estriba- en el objetivo educativo, esto es, en la *formatio hominis*. (p. 219). Si el objetivo educativo es la formación del hombre y si la formación está dirigida a tomar una actitud firme y libre en torno a los valores supremos, luego el amor como uno de los principales valores se convierte en la causa final, puesto que la formación del ser humano es necesariamente en torno a los valores. Faltaría congruencia lógica si pensáramos en la formación por la formación misma, como si el acto de formar en sí mismo fuera bueno, lo cual no necesariamente sucede, pues puede ser que se forme a una persona en desvalores, luego, es necesario formarle en torno a un prototipo, un cuadro mínimo aceptable por

la recta razón, en este caso los valores universales, como la bondad, la verdad, la belleza y especialmente el mismo amor.

El amor como causa instrumental se comprueba también con el razonamiento de Rodríguez Dupla al referirse al amor como fuente de la ética (citado en Sánchez, 2011): “el amor es el acto emocional básico, en el que se fundan los actos del preferir y postergar, así como la totalidad de los sentimientos de los que somos sujetos”.

La nota distintiva de la definición del amor que ofrece Max Scheler aporta un elemento para concretizar el concepto del amor. Para el creador de la axiología, el amor es una acción edificante y edificadora, verbos que eminentemente se refieren a una acción educadora: la tendencia, o según los casos, el acto que trata de conducir cada cosa hacia la perfección de valor que le es peculiar (y la lleva efectivamente, mientras no se interponga nada que la impida). Lo que dimos allí como esencia del amor es, por tanto, la acción edificante y edificadora en y sobre el mundo.

Amor es edificar y consecuentemente edificarse. Amar a los semejantes mejora al ser humano en su interior además de hacer un bien a al próximo.

Otro razonamiento sobre la causa final de la educación es contenido en la afirmación de Faría quién define muy claramente aquello que debemos amar: “Añadamos que el estudio de la ética y el respeto y amor hacia ella no puede menos que fomentar en nosotros los más nobles y levantados sentimientos; el amor al deber y a la virtud, el respeto a lo justo, la religiosidad, la veracidad, el amor a la patria y a nuestros semejantes (Faría, 1949, p.147).

Luego debemos colegir que el maestro tiene la necesidad de hacerse amar por el estudiante para tener luego el canal adecuado para enseñarle a amar lo verdaderamente valioso, la bondad o lo bueno, lo cual se traduce en voz de Faría en el deber, la virtud, lo justo, lo verdadero, la patria, nuestros semejantes, el ser supremo, etc., de tal manera que la educación es un proceso donde el amor juega

un papel de medio idóneo (causa instrumental) para el verdadero fin que son los valores en general, ontológicos y éticos, entre ellos el amor mismo (causa final).

Hemos hablado hasta el momento de medios y fines de la educación, corresponde ahora entender qué es la educación para luego plantear el tipo de relación o influjo que se da entre esta y el amor.

Al pretender definir a la educación como esfuerzo pedagógico Antonio Caponeto se refiere a su esencia: "... este esfuerzo pedagógico exige gran Amor, porque es sustancialmente un acto de Amor" (causa formal) (p.241). Queda claro, para él que sin amor no hay verdadera educación, es por eso que lo considera como un elemento esencial, sine cuan non. Cuando Caponeto dice expresamente que el amor es sustancialmente un acto de amor, debemos preguntarnos ¿es alegórica su expresión? ¿se refiere realmente a una motivación o finalidad del sujeto que educa? O ¿es el amor parte de la esencia de la educación? ¿es el amor un elemento que define la educación? Para contestar esta pregunta acudamos a la definición de la causa final de Basave (1996): "...El proceso de análisis dirigido es la causa formal" (p. 219). Si la educación se puede definir esencialmente como un proceso de análisis dirigido, luego podríamos pensar en la posibilidad de que alguien invite a otra persona a razonar sobre algún comportamiento y lo dirija. En aquel concepto, este proceso cumpliría con las condiciones enunciadas, aunque llegarán a conclusiones equivocadas, como sucede con quien enseña a otro a robar, lo que evidentemente no es educación porque el sujeto no evoluciona sino involuciona, luego, me parece que la causa final (valores) y la causa formal son concomitantes, por lo que Basave debe ser complementado con Caponeto. Concluyendo que la causa formal de la educación es un proceso de análisis dirigido en torno a la bondad.

Ahora bien, la educación, si es verdadera, deberá ser permanente; es decir, alojarse en lo más recóndito del ser humano, por lo que la educación implica, pues -continúa Basave- (1996) una "modificación de la realidad humana... una maduración cualitativa... exige conocimiento del fin y

voluntad de realización. Supone una naturaleza dotada de libertad” (p. 220). El exrector de la Universidad de Monterrey (1996) afirma que “La educación se aloja en el ser sustancial del hombre” (p. 220). Esto significa que la verdadera educación no es superficial sino profunda, se convierte en parte del ser, no como substancia sino como accidente, es una forma de ser, pero es una forma de ser muy especial, significa que una persona bien educada lo será por siempre, es una construcción sustentable de las virtudes del ser humano.

Conocidos el amor y la educación por separado, debemos ahora estudiar qué o quién hace posible su conexión. Evidentemente, no podemos hablar de un compromiso mayor del maestro que el que tiene con la verdad, pero esa obligación por antonomasia que tiene todo educador está motivada por un principio fundamental de gran valor: el amor. Al respecto, el cristocéntrico historiador y filósofo argentino Antonio Caponeto (1981) en su obra *Pedagogía y Educación* reflexiona acerca del vínculo que unía a Sócrates con sus alumnos: en ese vínculo es donde se halla “la razón de ser y de existir toda empresa educativa” una relación de fidelidad en el “amor a la verdad” (causa final) y en “el amor a sus alumnos” (causa instrumental). Ese fue, ni más ni menos, el vínculo propuesto por el más destacado maestro de la historia de las doctrinas filosóficas. Ese motivo para educar es “más alto que la simple trasmisión de conocimientos”, motivo que precisamente, “dio perdurabilidad y proyección a la obra” de Sócrates (p. 20 y 21). No podía Caponeto escribir una obra sobre educación sin referirse así a Sócrates y al fundamento principal de la Educación: el amor.

El amor nos induce a actuar, pero también es – dice Anacleto González Flores-, el verdadero sentido de la vida. Al respecto, es pertinente la siguiente reflexión: la especulación filosófica siempre ha estado dominada por las preguntas ¿Qué somos? ¿Por qué y para qué estamos aquí? ¿Quién nos hizo? Cualquier análisis serio sobre la realidad del ser humano considera estos aspectos. El filósofo cristero de los años treinta responde magistralmente a una de esas preguntas fundamentales: “El análisis, pues de nuestra naturaleza, nos enseña que todos los poderes acumulados en el hombre deben tender a un

solo fin y deben reconcentrarse en un solo punto: el amor. El poder vegetativo sería inútil si no estuviera ordenado al poder sensitivo; este a su vez lo sería, si no lo estuviera al intelectivo y este si no se ordenara a la voluntad. El amor constituye, pues, el verdadero sentido de la vida” (González, 2005).

Transformarnos y transformar a los demás para el bien es un poder o una posibilidad en el ser humano, luego ese poder debe tender a un solo fin: el amor. En esto coinciden de alguna manera Sócrates, Caponeto y González. El primero, en los 80s, considera al amor como causa formal de la educación, porque expresa lo que ella es, su esencia, cuando afirma que la educación es substancialmente un acto de amor; Analecto en los 30s contempla al amor como causa final de la vida, para ello somos, para amar, no habla del amor expresamente como una herramienta o un fin de la educación pero sí se refiere a que todos los “poderes” del hombre, dentro de los cuales está por supuesto la educación, deben estar dirigidos al logro del valor del amor. Mientras que Sócrates 2,300 años antes consideraba al amor como un medio de la educación (causa instrumental). Según se considere como causa formal, final, eficiente, los tres coinciden: sin amor, independientemente del punto de vista desde el cual se le considere (objeto formal quod), no existe la verdadera educación.

Otra aportación importante en esta relación entre amor y educación la hace Santo Tomás de Aquino para quien el amor al educando es el primer motor de la educación (causa eficiente). Martínez (2003, p. 59) hace una expresión sintética del pensamiento del aquinatense, mismo que en este apartado describimos en puntos:

1. Hay una última perfección en el educador: “la pretensión de un bien para el educando, pues toda virtud es un bien capaz de perfeccionarlo como persona. Y es por ello, que el educando debe ser siempre tratado con un exquisito respeto”.

2. “De ahí que afirmamos ahora que el educador debe ser perfecto también en el amor a quien quiere educar”
3. “Este amor al educando se convierte entonces en el primer motor del acto educativo, y sin él la tarea del que se dedica a la enseñanza no será educativa, a no ser per accidens”.
4. A ese falso maestro, cuya sabiduría deja de serlo en su esterilidad para convertirse en vana sofistería, no debe escuchársele, asegura Tomás.
5. Por el contrario, el que en dicha tarea ponga todo su amor en el educando, la convertirá en verdadera educación, viviéndola más como una vocación de servicio que como un oficio asalariado”.

Así mismo, para Platón, el amor es el padre de la virtud. Platón considera a la virtud como engendrada por el amor, si amas serás bueno; por eso, la educación en valores no se puede dejar de atender como una materia especial la educación en el amor y para el amor, porque si aprendemos a amar, los demás actos del ser humano estarán dedicados a hacer el bien en general, es el ama y haz lo que quieras de San Agustín: “Lo que hace bueno al hombre es la virtud, y la virtud nace del amor, pues el amor, como dice Platón, es engendrar en la belleza a causa del deseo de inmortalidad la virtud. Lo que engendra el amor es la virtud, la fuerza que transforma proviene del amor” (Sánchez, 2011, p. 95).

En esa misma línea, Maritain propone que una verdadera educación implica necesariamente educar en el amor, antídoto del egoísmo: “Lo que más contribuye a la virtud es el amor; porque el obstáculo fundamental para la vida moral es el egoísmo y porque la más profunda aspiración de la vida moral consiste en ser liberado de sí mismo. Y sólo el amor, porque es donde sí, es capaz de remover este obstáculo y llevar a su perfección esta aspiración” (Maritain, 1943, p. 7 y 8).

Para San Agustín, el amor es justa valoración de las cosas. Citado por el prologuista de la obra *ordo amoris* de Scheler (Scheler, 2008, p. 13), nos ofrece una muy clara idea de la verdadera dimensión del amor cuando afirma que amar implica necesariamente realizar un ejercicio justa de valoración,

preferir algo según el criterio propio y ello se logra, necesariamente con un proceso educativo, porque no se puede preferir algo de manera justa si no se tienen elementos para ello: “Vive, pues, justa y santamente aquél que es un honrado tasador de las cosas; pero éste es el que tiene el amor ordenado, de suerte que: ni ame lo que no debe amarse, ni no ame lo que debe amarse, ni ame más lo que ha de amarse menos, ni ame igual lo que ha de amarse más o menos, ni menos o más lo que ha de amarse igual” (Scheler, 2008, p. 13).

El análisis de la famosa frase de San Agustín ofrece varios elementos sobre los que válidamente podemos teorizar para aproximarnos a su filosofía de la educación: para ser justo y santo, es necesario:

1. Graduar el valor de una cosa (honrado tasador de las cosas) (RAE, 2016);
2. Realizar un ejercicio de ordenación (amor ordenado): esto es jerarquizar las cosas debido a la graduación hecha previamente;
3. Esa ordenación debe sujetarse a las siguientes reglas:
 - a) No amar lo indebido, es decir, sólo amar lo debido (ni ame lo que no debe amarse;
 - b) Abstenerse de omitir un precepto debido (ni no ame lo que debe amarse); y,
 - c) Por último, amar en la medida correcta (ni ame igual lo que ha de amarse más o menos, ni menos o más lo que ha de amarse igual).

Una interpretación, al principio agustiniano, se resume de la siguiente manera: para ser justo y santo se requiere graduar las cosas, ordenarlas y amar lo que se debe en la justa medida. Ahora bien, los actos humanos, son un ente, una cosa en cuanto accidente del ser sustancial, luego es posible graduarlos, ordenarlos y amarlos. Pero esos pasos no son intuitivos, es necesario un proceso previo que nos permita realizar correctamente esas tres actividades, lo cual solo puede realizarse a través de una correcta educación. En eso consiste lo que denominamos educación en valores. Una idea que

podiera servir como conclusión al pensamiento agustiniano la ofrece Alberto Sánchez: “Este dinamismo propio del amor nos hace entender con más luminosidad que el amor es creativo, pues descubre los valores más altos encarnados en la persona amada (Sánchez, 2011, p. 96).

En este orden de ideas, el filósofo italiano Ioannes Di Napoli considera al amor como medio para lograr los fines reales como la verdad y bondad, estos son tres elementos que deben unir al alumno con el maestro:

1. “La educación debe ser ante todo preventiva en cuanto la relación educativa debe fundarse en el amor entre el maestro y el discípulo, y siempre hacerse por el ejercicio de la razón: la razón del maestro y la razón del discípulo, por el amor que une a cada uno con respecto a la verdad y a la bondad, deben operar al mismo tiempo en el proceso” (Di Napoli, s.f., p. 25).
2. “El maestro al cumplir su oficio debe amar al discípulo con un amor puro de verdad y de bondad, no meramente afectivo y egoísta. La relación educativa inicia con un sentimiento en el que dos personas -el maestro y el discípulo- se unen hacia el fin de la educación” (Di Napoli, s.f., p. 28).
3. “El maestro debe causar en el alumno aquello que se llama “interés” o sea una participación viva hacia lo que el maestro quiere que el alumno adquiriera. Si la relación de la educación consistiera en el amor de dos personas, la educación sería un hecho meramente sentimental y subjetivo; por el orden subjetivo debe hacerse el proceso hacia el orden objetivo de la verdad y la virtud que al mismo tiempo debe considerar el maestro y el discípulo” (Di Napoli, s.f., p. 29).

Por las razones expuestas derivadas del análisis comparativo y complementario de diversos filósofos, queda claro que es el amor instrumento, fin y esencia de la educación, y que la bondad constituye el aspecto teleológico de la misma. Por último, habremos de considerar el papel de las universidades, pues, al decir de Basave, estas deben ser mentoras del amor: “Acaso mi tesis de una educación para el amor parezca extraña, fuera de lugar. Pero no es así. Si el hombre necesita el amor para hacerse

hombre, ¿por qué la Universidad no habría de enseñarnos de qué podríamos y debiéramos estar enamorados? ¿Quiénes son, en definitiva, los que trazan los grandes hitos de la historia: Los mediocres o los amantes de la sabiduría, de la ciencia, de las letras, del arte, ¿de la patria y de la humanidad?” (Basave, 2001, p. 550).

La coincidencia entre Basave y Maritain es destacable: es de tal relevancia la educación del amor que Maritain (citado por Caponeto, 1981, p. 52) considera que se debe crear una materia específica para enseñar este valor: "Hay cursos de filosofía, mas no existen cursos de sabiduría. . . ni la intuición ni el amor son materias de instrucción. . . ambas son don y libertad. Más aun, siendo esto así, la educación debe preocuparse ante todo de esas dos cosas”.

Ante esta postura de Maritain en el sentido de hacer una realidad la educación del amor en las escuelas y universidades en programas y libros de textos debemos preguntarnos si en México hay una materia especial para ello, si se educa para conocer y aplicar el valor del amor, para saber cómo debemos amar, a quién o a qué debemos amar primero y que o a quién amar después, cómo aprender a valorar y amar a las personas.

No podemos obviar, que hay una serie de disfunciones en la educación formal e informal, pública y privada: falta de vocación, violencia, utilitarismo, corrupción, politización, antivalores, etc. Ante ello, son los padres quienes deben educar a sus hijos. Pero ¿es dable para los padres sacarlos de la escuela en virtud de esas deficiencias? Tal vez la respuesta a esta última pregunta la encontremos en el pensamiento de José Ortega y Gasset cuando afirma que la realidad es la primera pedagoga. Tengamos en cuenta que el autoaprendizaje deviene del vivir diariamente en nuestra propia circunstancia, el heroaprendizaje del diálogo, aprendemos de los demás. El primer maestro somos nosotros mismos, lo primero que aprendemos es el ser, que somos, luego a través de la comunicación socializamos, ambos procesos de aprendizaje requieren vivir y dar amor: “La función docente exige

para ello una actividad realizada en el diálogo y en el amor, esto es, en pro del desarrollo pleno del que aprende, situado siempre en un contexto histórico y crítico. El docente no debe separar a los alumnos de la sociedad y de la vida real. La realidad, en efecto, con sus dificultades y facilidades, es la primera pedagoga. No hay que dejar al niño a su libérrimo desarrollo, no hay que imitar los procesos de la naturaleza; las acciones educativas son acciones intencionales, reflexivas, tras la consecución de una meta: cooperar técnicamente en la maximización del potencial vital más profundo de los niños. Hay que orientar la educación no a la adquisición de formas culturales, sino hacia la puesta en forma de la propia vida, al incremento del propio poder vital. ¿Cuáles son aquellas funciones espontáneas que es necesario potenciar? Ortega se atreve a hacer un intento de enumeración: “el coraje y la curiosidad, el amor y el odio, la agilidad intelectual, el afán de gozar y triunfar, la confianza en sí y en el mundo, la imaginación, la memoria” (Escámez, s.f., p. 8).

En esa cita de Ortega y Gasset, esbozada por Escámez se enumeran las funciones que es necesario potenciar en el estudiante, entre las cuáles no sólo se incluye el amor, sino también el odio, pero también se incluyen habilidades como la memoria, la imaginación, el afán de triunfar y la confianza en sí mismo, lo que nos permite pensar en un Ortega que combina habilidades con valores, sin enfatizar prioridades, pero planteando una combinación de factores para lograr un mejor resultado en los educandos, buscando fortalecer capacidades competitivas y desarrollando valores. Lo que es difícilmente explicable es la inclusión del odio como factor potenciador en el educando.

Para finalizar, esta parte expositiva se desarrolla el pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno quien es explicado en su pensamiento filosófico por dos autores:

Primero, Ladrón de Guevara (2001) quién, parafraseándolo, reclama a los politólogos educativos que escuchen a Unamuno para redignificar el papel de los maestros pues son estos quienes guían a sus alumnos a través de su desenvolvimiento como persona, y quienes deben promover una relación

interpersonal la cual es la única que permite el surgimiento de valores y actitudes que se convierten en el material que hace encender el motor de la evolución de la personalidad bien equilibrada, y finaliza: “Pues, para Unamuno la pedagogía es amor y el amor es la mejor pedagogía”.

Segundo: Sánchez-Gey (2011) se refiere a Unamuno como un filósofo que considera al maestro como un hombre sabio y dador de amor. Unamuno rechazaba que el trabajo de los maestros fuera sólo una táctica o una estrategia: “Lo que necesita el maestro es menos pedagogía, mucha menos pedagogía, y más filosofía, muchas más humanidades. El maestro de primeras letras no puede ser, como no puede ser el padre, un especialista. Hacer de la pedagogía una especialidad es perderse en la técnica pura, en la técnica hueca y vana. Y el tecnicismo ha sido como el positivismo, la plaga intelectual de la segunda mitad del pasado siglo XIX. Y la técnica podrá producir Estados fuertes, pero no crea pueblos libres y conscientes de su libertad” (Sánchez-Gey, 2011).

Desde este punto de vista, se coincide completamente con Unamuno, la educación debe ser profundamente humanista, filosófica, para ayudar a los pueblos a ser libres y lo más importante, conscientes de su libertad, lo cual no puede ser logrado por una educación exclusivamente técnica e instrumental.

CONCLUSIONES.

Primera. El ethos del ser humano tiene su origen en la potente influencia del amor (fuente de la ética), el cual es por ello, una verdadera herramienta filosófica sin la cual no cabe una comprensión entera del ser humano, el amor es lo más valioso que hay en él. En este instrumento valorativo (el amor) se fundan el preferir, el postergar y los demás sentimientos de la persona. Estas son razones suficientes para considerar que la enseñanza adecuada del amor es una necesidad en la educación formal e informal.

Segunda. El educando acepta serlo, porque descubre en su educador la benevolente intención de mejorarle (formación de fuerzas) intrínsecamente; el amor es la causa instrumental de la educación. Esta causa es expresada por los filósofos de distintas maneras: desarrollo anímico, principio activo, primer motor, contexto indispensable, dinamismo de la voluntad, elemento que facilita la función comunicativa del bien, ganarse el amor de los educandos.

Tercera. La educación en valores (modelar la conducta del hombre) es la única posibilidad ontológica de la educación. Los valores o virtudes que deben ser enseñados son, sobre todo, la sabiduría, la belleza, la verdad, la bondad y el amor en sí mismo considerado: esta es la causa final de la educación, el objetivo educativo, la *formatio hominis* en torno a los valores supremos.

Cuarta. La educación es substancialmente un acto de amor en cuanto proceso de análisis dirigido: esta es la causa formal de la educación.

Quinta. Son las escuelas y universidades (educadores) los agentes supletorios de los padres de familia para enseñar a amar. En ellas se deben crear materias o instrumentos pedagógicos para enseñar la virtud del amor en particular.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

1. Aguayo, E. (s.f.). <http://www.ilustrados.com/> Obtenido de:
<http://www.ilustrados.com/tema/3249/Aproximacion-pensamiento-filosofico-Agustin-Basave.html>
2. Basave, A. (1996). Tratado de Filosofía. México: Linusa.
3. Basave, A. (2001). Filosofía del Derecho. México: Porrúa.
4. Laudo, X. (2011). LA HIPÓTESIS DE LA PEDAGOGÍA POSTMODERNA. *Biblid*, 45-68.
5. Capanaga, V. (1947). Obras de San Agustín, Introducción Contra los académicos. Madrid: BAC.

6. Caponeto, A. (1981). Pedagogía y Educación, La crisis de la contemplación en la escuela moderna. Argentina: Cruz y Fierro.
7. Daros., W. R. (s.f.). TEORÍA DE LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE. Obtenido de <https://williamdaros.files.wordpress.com>
<https://williamdaros.files.wordpress.com/2009/08/teorc3ada-de-la-educic3b3n-segc3ban-ortega-y-gasset.pdf>
8. Di Napoli, I. (s.f.). Pedagogía, de la educación del hombre (Edición Digital ed.).
9. Escámez, J. (s.f.). JOSÉ ORTEGA Y GASSET. Obtenido de <http://www.ibe.unesco.org/>
http://www.ibe.unesco.org/fileadmin/user_upload/archive/Publications/thinkerspdf/ortegas.PDF
10. Faria, R. (1949). Cosmología y Ética. Bogotá: Voluntad LTDA.
11. Fraire, G. (1997). Historia de la Filosofía Tomo I. (Fareso, Ed.) Madrid: BAC.
12. Gálvez, A. (2006). filosofía.mx. Obtenido de filosofía.mx:
http://www.filosofia.mx/index.php?/perse/archivos/coloquio_conagustin_basave
13. García, L. (2006). Ética o Filosofía Moral. México: Trillas.
14. González, A. (2005). Antología Literaria de Anacleto González Flores. Guadalajara: APC.
15. Issacs, D. (1976). La educación de las virtudes humanas y su evaluación (11a ed.). Barcelona: Minos.
16. Ladrón de Guevara, E. (2001). El pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno. Revista Española de Pedagogía, 403-420.
17. Maritain, J. (1943). Una educación integral para un humanismo integral. Obtenido de www.jacquesmaritain.com: http://www.jacquesmaritain.com/pdf/10_EDU/04_ED_EduHI.pdf
18. Martínez, E. (enero de 2003). Educar en la virtud. Principios pedagógicos de Santo Tomás. e-aquinas.

19. Ocampo, M. (2005). Educación en Valores. México: Universidad Anáhuac del Sur.
20. Ortiz, A. D. (2012). La Filosofía del Amor de San Agustín de Hipona. Murcia: Educarm.
21. RAE. (16 de noviembre de 2016). Real Academia Española. Obtenido de Diccionario de la lengua española: <http://dle.rae.es/>
22. Sánchez, A. (2011). El amor como acceso a la persona, un enfoque scheleriano del amor. Veritas, 93-103.
23. Sánchez-Gey, J. (2011). La Educación en Pensadores Españoles Contemporáneos. Bajo Palabra, 155-166.
24. Scheler, M. (2008). Ordo amoris. España: Caparros Editores.
25. Serrano, E. (s.f.). Realismo Filosófico en Santo Tomás. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/1705380.pdf>
26. Urdanoz, T. (1985). Historia de la Filosofía. Madrid: BAC.
27. Urdanoz, T. (s.f.). <http://www.fundacionspeiro.org/verbo/1983/V-213-214-P-381-389.pdf>

DATOS DE LOS AUTORES.

1. Socorro Márquez-Regalado. Máster en Derecho Electoral, Licenciado en Derecho y Licenciado en Filosofía. Profesor-Investigador de Tiempo Completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Chihuahua. smarquez@uach.mx, ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-1112-3247>.
2. Rodrigo Ramírez-Tarango. Doctor en Periodismo, Máster en Comunicación Política y Márketing Electoral, Maestro en Periodismo, Licenciado en Periodismo y Licenciado en Derecho. Profesor-Investigador de Tiempo Completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Correo Electrónico: rtramire@uach.mx, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9055-1652>

3. Sandra Angélica Pérez-Alarcón. Máster en Comunicación, Licenciada en Administración de Empresas. Profesora Investigadora de Tiempo Completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Correo Electrónico: spalarcon@uach.mx, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7274-0994>
4. Guillermo Ávila-Olivas. Máster en Comunicación, Licenciado en Derecho. Profesor-Investigador de Tiempo Completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Correo electrónico: gavilao@uach.mx, ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1360-1764>
5. César René Nevárez Arguijo. Master en Comunicación, Licenciado en Administración Financiera, Profesor Investigador de Tiempo Completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Chihuahua, Correo Electrónico: cnevarez@uach.mx, ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6158-9662>

RECIBIDO: 10 de junio del 2020.

APROBADO: 26 de junio del 2020.